

A FAVOR DEL FINGIMIENTO

POR LUISGÉ MARTÍN

A los quince, a los dieciocho, a los veinte años, yo fingía que era heterosexual. Cuando algún familiar me preguntaba si tenía novia, ponía cara de valentón y estiraba una sonrisa traviesa. Cuando algún compañero de clase comentaba la belleza de una chica, le secundaba con entusiasmo y a veces hacía un comentario obsceno. Cuando en una reunión algún conocido hacía un chiste de maricones, me reía con alboroto. Aprendí a sentarme con las piernas bien abiertas, en posturas viriles, y a mirar a los chicos que me gustaban de reojo, con un disimulo que nadie pudiera apreciar. Me esforcé en eliminar de mis ademanes cualquier amaneramiento, incluso aquellos que un heterosexual de verdad nunca hubiera evitado. A fuerza de fingir, así, fui haciéndome poco a poco una identidad que ya no era fingida, que se había convertido en parte de mi propia esencia.

Hace unas semanas inauguraron en París una exposición de fotografías titulada *Les couples imaginaires*, las parejas imaginarias. En ella, Oliver Ciappa retrata a una serie de personajes heterosexuales populares en Francia –Eva Longoria, los medallistas olímpicos Florent Manaudou y Frédéric Bousquet o el actor y modelo Nicolas Duvauchelle– que posan en actitudes románticamente homosexuales. Son heterosexuales haciéndose pasar por gays. Abrazándose

debajo de una ducha, sujetando un bebé unidos, durmiendo juntos, reposando la cabeza amorosamente en el hombro de otra persona del mismo sexo.

Me parece una idea hermosa y perversamente pedagógica. Sirve para desactivar de un modo visual las obscenas ideas homófobas que tiene aún la mayoría de las personas (como la reacción de la población francesa ante la aprobación del matrimonio igualitario ha vuelto a demostrar, para estupor de todos aquellos que durante tantos años creímos que ese país era un modelo de tolerancia y de laicismo). Va un paso más allá: no pide a los famosos que se solidaricen con declaraciones de apoyo o con testimonios fraternales, sino que finjan por un momento ser homosexuales. Que hagan lo que muchos gays –lo que todos los gays en un momento u otro– hemos hecho: representar lo que no somos.

Hace años intenté que alguna editorial publicara una antología de relatos gays escritos por heterosexuales. Tenemos en España excelentes autores homosexuales, algunos de los cuales, como Eduardo Mendicutti, Luis Antonio de Villena o Pepe Infante, escriben también en esta página. Pero el propósito de esa antología no debía ser la recreación, sino el fingimiento. La invención en su sentido más puro. La representación de una realidad que no existe pero que con las artimañas del arte se convierte en verdadera.

Del mismo modo, me gustaría algún día ver una manifestación del Orgullo Gay en la que no hubiera ningún gay. Decenas de miles de heterosexuales subiendo por la Gran Vía –o por donde Ana Botella diga, que para eso es la gran Alcaldesa– con pancartas, con carrozas y con pasacalles. Decenas de miles de heterosexuales haciéndose pasar durante dos horas por lo que no son, sacando pluma, cantando canciones de Barbra Streisand o de Mónica Naranjo y enseñando la cinturilla de los Calvin Klein o los Andrew Christian por encima del pantalón. ¿No sería esa la verdadera prueba de que la homofobia está en declive?

Ya no me basta la palabra de honor de alguien. Ya no me basta con que diga que está a favor de los derechos igualitarios o que le gustan las películas de Bette Davis, porque está claro –mírese otra vez a Francia– que los perros que no ladran son los que más muerden. Me gustaría que los que de verdad están comprometidos con la pelea que se libra por los derechos de los homosexuales se pusieran delante de una cámara y se retratasen fingiendo como nosotros fingimos durante tanto tiempo. Que se pongan al frente de la marcha que conmemora la revuelta de Stonewall y durante una tarde sientan orgullo de ser lo que no son. Solo así su identidad –la identidad de la sociedad– podrá cambiar.

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA NOVELA PUBLICADA ES LA MISMA CIUDAD (ANAGRAMA).